

La conversión de Raimundo Lulio

DE JIRI KARÁSEK ze LVOVIC (1871 - 1951)

Traducción del checo por el Prof. R. ULBRICH¹

AMBROSIA DEL CASTILLO encantó al mundano Raimundo Lulio. No le fascinó por su belleza. Hubo muchas mujeres hermosas que no conmovieron su corazón, pero había algo en ésta que le atraía y que se adhería a su hermosura como la sombra a la luz.

Una aflicción misteriosa parecía entristecerla. En su rostro se adivinaba alguna pena oculta que la atormentaba, como si vertiese lágrimas invisibles por alguna causa desconocida.

Su mirada anhelante se clavaba en los hombres hermosos, pero al sentir de improviso, rozando su cuerpo, la mirada apasionada y valiente de un apuesto galán se estremeció atemorizada y su alma pareció llorar como una áurea fuente por su vana hermosura, por sus inútiles anhelos.

Raimundo fué asaltado por el deseo de penetrar el misterio de Ambrosía del Castillo.

Tuvo el presentimiento de que esta encantadora mujer, quedaba repentinamente separada del resto del mundo exterior donde únicamente se perfilaba su figura misma.

Raimundo lo habría dado todo para ver por un solo instante la cara de Ambrosía, su alcoba perfumada...

¹ El Prof. R. Ulbrich, de la Universidad Libre de Berlín nos honra hoy con su colaboración. MAYURQA, entiende que todo lo referente a la cultura Balear interesa, y que es bueno hacerse eco de ello.

Casi seguro que para muchos de entre nosotros la figura de Jiri Karásek ze Lvovic era desconocida. Hoy sabemos de él gracias a la nota bio-bibliográfica que el Prof. R. Ulbrich redactó para acompañar la traducción de *La Conversión de Ramón Llull*.

En la historia de la difusión de la figura de Llull ha de contar esta obra que se traduce por primera vez a nuestra lengua.

La tímida Ambrosía vió en Raimundo un asaltante apasionado de su hermosura. Le huía y le esquivaba... presentía constantemente que su cuerpo era el blanco de las miradas audaces e irresistibles del joven.

Desasosegada mecíase en las olas permanentes de su pasión como un barco en el mar proceloso.

La iglesia era siempre su refugio adonde huía de la mirada oscura, ardiente y penetrante del mundano.

Cruzó las manos sobre su escapulario...murmuró sus oraciones en la intimidad del rincón donde se hallaba la mística Santa a la que siempre elevaba su corazón.

Desde los blancos ventanales la inundó un rayo de luz mortecina, coloreada, semejante al ritmo delicado de una música en la nebulosidad de un sueño.

¿Acaso pensaba en Raimundo?. Se complacía pensando en él ahora, en la soledad y sentía que Raimundo tan adicto al mundo y a sus placeres no hubiere osado penetrar detrás de ella en el templo, en la nave fantástica y abandonada.

Placíale este pensamiento y rememoraba la inefable dicha de la visión del joven caballero como si se encontrara en su presencia. Raimundo pensaba lo mismo, imaginándola rezando el Padrenuestro y parando el palpitir de sus arterias, obsesionada su mente enfebrecida con la imagen de la que le huía desconfiadamente.

Descaba penetrar este enigma, tomar una resolución heroica, adivinar el secreto de ese temor huraño.

Quería averiguar porqué Ambrosía no le ofrendaba su corazón y su cuerpo en flor, a él, pirata avezado a las aventuras excitantes, a las pasiones tenebrosas. Estaba convencido de que una mujer tan casta como Ambrosia se revelaría a caer la primera o la última vez. Hasta pensaba que quizás ella estaba destinada, por amor de él, a desligarse de los amantes que tal vez habría amado y que fuesen éstos los que dejaron aquella sombra en su alma y en su mirada. Acercóse a hurtadillas hacia su casa oculta en el fondo del jardín en el que florecían los lirios de color rojo claro, rosas de azafrán vibrando al viento y grandes begonias asiáticas, sedosas y rojas.

Pero esta casa tan blanca y tranquila parecía ser un insondable misterio.

No salía nunca de ella ninguna criada a quien poder sobornar para averiguar algo del pasado de su dueña.

Vivía sola Ambrosia en esta vastísima mansión, sin servidumbre.

¿Cómo podía transcurrir su vida en esta casa abandonada, en sus estancias muertas?.

Una ráfaga inmóvil como la desesperación parecía deslizarse de puntillas por sus corredores en los que Ambrosia no se cruzaba con nadie excepto con su propia sombra y no oía mas que el ruido de sus propios pasos.

¿Quién pudiera penetrar el misterio de esta vida oculta, apoderarse de él, como del cuerpo arrebataador de Ambrosia! . Raimundo se aferraba a esta idea como el pez a la caña.

Aumentaba el fervor de su anhelo. Por primera vez en su vida algo se le resistía a pesar de haberse siempre jactado que apostaría con el mismo diablo en la seguridad de que engañaría al propio diablo y ahora le burlaba una mujer débil, enigmática y hermosa...

No era posible que le esquivase a causa de su virtud, pues aunque vivía consagrada a sus imágenes veneradas, era no obstante una mujer, Ambrosia como tal añoraría la entrada del lobo en el redil.

Al no comprender esto Raimundo se enardecía con la pasión que le atormentaba. No pensaba en nada excepto en la belleza de Ambrosia.

No era dueño de su voluntad.

Una mañana paseándose a caballo por la playa mallorquina miraba el mar que se transformaba en color de amarillo azafrán bajo el sol de la clara mañana y contemplaba los peñascos cubiertos de espuma de mar. Pensando sin cesar en Ambrosia del Castillo, le acometió repentinamente el ansia de verla.

Llegó cabalgando a casa de ella. La suerte le favoreció, pues la vió saliendo del jardín a la calle, para dirigirse como de costumbre a la catedral.

Raimundo espoleó su caballo y la siguió.

De cuando en cuando se adelantaba a ella y veía la tristeza reflejada en sus oscuros ojos, observaba las venas azuladas a través de su pálida piel que parecía temblar como nieve recién caída.

¡Qué formas no tendría su cuerpo maravilloso, tan elástico y frágil! Largas cejas sombreaban su mirada. Ambrosia bajó los ojos y aceleró sus pasos para escapar a la insistencia del caballero.

Raimundo seguía constante con la firmeza de detenerla y dirigirla la palabra.

Hoy la conseguiría! .

Caminaba ella todo el tiempo delante de él, estremecida de temor y vergüenza, levantada apenas la cenefa de su vestido de seda rojo cereza y mostrando su pié con postura de diosa pagana, maravillosa puerta de cuerpo de Afrodita que devoraban las miradas ávidas de Raimundo.

Adivinaba, experto, la delicada elegancia de esta mujer cuya voluptuosidad entrecortaba su respiración.

Cuando al fin se decidió a hablarla para suplicarle una entrevista, la hermosa casi huyó.

Sofocada de angustia ruborizóse de vergüenza, le parecía que Raimundo la atraía hacia él, que la ahogaba en un abrazo estrechándola contra su cuerpo juvenil cubierto de masculino vello. Se defendía de sus miradas insistentes, presintiendo que podría trocarse en instrumento de su placer.

Llegó por fin a la Catedral.

Esquivó bruscamente al enardecido caballero entrando resuelta en la oscuridad de la iglesia.

Excitado Raimundo por su pasión y enloquecido de voluptuosidad, espoleó su caballo y penetró cabalgando en el templo.

Se sobresaltó conmovida Ambrosia ante esta profanación del lugar sagrado por el joven enamorado.

Saltó este del caballo declarándole abruptamente su amor, amor que derribaba todos los obstáculos, como la tempestad que se extiende devastadora destruyéndolo todo.

¡Reacción extraña! Ambrosia observó tranquila su loco arrebató, y esta actitud aumentó su turbación, pues aun lo convertía en un ser más enigmático. El corazón de ella no alteró su ritmo y en voz baja y tranquila le susurró que le esperaba en su casa, aquella misma noche.

El día le pareció infinito. Su imaginación no cesaba de agitarse como un remolino ante tamaña suerte inesperada, como un jardín que se viese asaltado por un enjambre de abejas zumbantes..

Sus amigos, sorprendidos, le acosaron a preguntas y sorprendíanse al ver que él no les respondía, como si no les oyese. Presentían en él un cambio extraño pero no podían suponer que este brillante mundano estuviese enamorado por primera vez en su azarosa vida.

En vano le preguntaban la causa de su distracción, que se leía en sus facciones, dulcificando y suavizando su semblante como él de una mujer. En su rostro se advertía la indiferencia hacia todo lo que le rodeaba. Sospechaban únicamente que se hallaba obsesionado por una idea fija ya que de cuando en cuando enrojeciase su rostro con un calor rosáceo de fuego oscuro que parecía incendiar su cerebro con una fiebre extraña.

Salió de la ciudad, vagó errante hasta el atardecer por pantanos cubiertos de espiglo silvestre.

Por primera vez pensaba seriamente; hasta aquel momento no había hecho mas que gozar de los placeres atrayentes que le ofreciera la vida.

Pensando en su suerte futura ya tan próxima fué dolorosamente asaltado por la extraña sensación del miedo a perder la bella mujer que se le ofreciera con la mirada de sus arrebatadores ojos oscuros y tentadores en los que se reflejaba tan enigmática frialdad.

Entrada ya la noche Raimundo se introdujo en casa de Ambrosia. Respiraba intermitentemente torturado de curiosidad, y casi sin darse cuenta se encontró ante las puertas del jardín. Estaba abierto y entró.

Le dió la impresión de un cementerio. Le pareció que algo huía ante los pasos de su súbita invasión, como si se ahuyentasen las visiones terribles, tristes, inquietantes del pasado, aquí experimentado tiempo ha y que pareciale ahora muerto para siempre.

El jardín estaba cubierto de maleza, repleto de troncos corvos y raíces que sobresalían del suelo, de hierbas exuberantes así como de sombras que parecían persistir durante el día también.

Al fondo, medio cubierta de olivos, sombría, se hallaba la casa de Ambrosia. Una sensación de calma y frialdad cayó sobre el espíritu de Raimundo, como un rocío glacial sobre mármol.

Ambrosia aguardaba al caballero pues aunque no de forma visible, la casa estaba abierta y sus corredores débilmente alumbrados.

Raimundo penetró en las estancias vacías del piso bajo, profundas como criptas, llenas de oscuridad. Tuvo la impresión que la casa estuviera consagrada a la muerte y a la perdición. Un silencio sepulcral penetró su atmósfera y flotó dentro de su espacio como adhiriéndose a todo y contaminando todos los objetos visibles.

A cada instante una idea angustiosa asaltaba a Raimundo, le atacaba como el hacha al tronco del árbol. Era como si el miedo a algo desconocido empezara a derribarle a golpes, y cuyos indicios le hirieran y amagasen.

Ambrosia salió a su encuentro en la escalinata. Le condujo a un cuarto contiguo, ornado de bibelots de todas clases, saturado con el olor de preciosas maderas que cubrían las paredes hasta la mitad de su altura. Todo allí era tenebroso, severo, recatado y frío.

Nunca le había parecido Ambrosia mas hermosa que en aquel instante ya que aquí le parecía mas asequible que en la calle donde de forma tan audaz la había seguido.

Ella se mostró mas delicada, parecía mas irreal que antes... como el encanto de un instrumento musical que al callar sus cuerdas siguiesen vibrando sin emitir un sonido.

Iba toda vestida de blanco. Sentándose en una silla le hizo seña de que tomase asiento a su lado. El joven observó que la estancia estaba llena de flores blancas distribuidas en jarros y macetas, sauco blanco, claveles blancos, rosas blancas, camelias blancas, siemprevivas blancas, jacintos blancos.

Ambrosia desaparecía como envuelta en una marca de flores blancas, en la nieve acumulada de las hojas blancas, en la pureza deslumbrante de todos los matices blancos.

Un temor mortal asaltó a Raimundo al parecerle que la amada enigmática se transformaba en un cadáver que se desvaneciera entre las flores en la oscuridad de la estancia que semejava un ataúd de tiempo pretérito.

Le atormentaba una inquietud misteriosa causada por tanta blancura. ¿Como pudo Ambrosia adivinar el horror escondido y secreto que le producían los objetos blancos? Temor a todo lo inmaterial e irreal que no es si no sombra de los objetos reales.

La blanca aureola que parecía nimbarla, recortando su figura, hizo por un momento que Raimundo olvidase su fascinación en una especie de desfallecimiento.

Tomó asiento, sintiendo que de no hacer un esfuerzo supremo se helaría en el ambiente embrujado de formulismos falsos de esta Medea blanca que era Ambrosia. Presentía que ésta tuviera en aquellos momentos toda el alma de él en sus manos para moldearla como el artífice especializado moldea el bronce.

Sentía que nunca podría adorar más el enigma que era Ambrosia, enigma que había excitado su voluptuosidad antes, cubriéndole de frialdad ahora.

Aunque no había en la estancia objetos que le recordasen el culto religioso, a excepción de las candelas ardientes cuya llama se desvanecía blanca, rala y vi-

brante, tuvo la impresión de encontrarse en una capilla. Sentía el frío del mármol, la calma de aquel lugar que transformaba el mas leve movimiento en una resonancia molesta... Estoy en un lugar de muerte, le vino de súbito al pensamiento.

Levantóse como para escapar de este encanto pérfido y desfallecedor. Acercóse audazmente a Ambrosia, y de sus labios salieron palabras amorosas.

Retrocedió Ambrosia en silencio hacia el fondo del cuarto escuchando las palabras galantes del joven que habían siempre encantado a todas las mujeres, abriendo sus corazones como se abren las hojas bajo el calor del sol. Al no recibir respuesta de ella Raimundo se encontró aún mas confuso.

Al llegar Ambrosia al lado de los cortinajes quedó su blanca figura súbitamente rodeada de matices cálidos, de colores llamativos y oscuros que impartían a su piel un fundido de reflejos calientes.

Enardeciéronse sus ojos negros con una mirada y un anhelo aun más audaz... Despertó la vida en el cuerpo desfallecido.

Raimundo sintió que la pasión volvía a apoderarse de sus sentidos ante su presencia. Un ardor fogoso se encendió en su cerebro. Revivía en él el mundano cuya depravación amedrentara a las mujeres y las hacia morir de voluptuosidad.

Observó que Ambrosia había adornado su cabello con un tejido de oro trenzado, también de oro estaba bordado el traje de seda, presentía que ella se había engalanado para él. Se sintió invadido por una audacia conquistadora.

Esta mujer dotada de una fría hermosura, cuyo corazón semejaba estar cubierto por la ceniza fría de un hogar apagado, y cuyo cuerpo era inasequible, cruel y casto..., esta mujer estaba a su merced en el rincón perdido de una casa aislada y muerta.

Los ojos de ella estaban como clavados en el sitio en que él adivinaba los hombros y el pecho de la mujer. Le atraía el perfume de su blanco cuerpo que parecía irradiar una languidez húmeda y mortecina.

Deseara lanzarse sobre ella, estrecharla contra sí hasta aturdirse, hasta hacerla desmayar.

Acercábase cada vez más a Ambrosia.

Su actitud pura y casta, el porte noble de su aspecto provocaron en él una pasión bestial y acometedora. Centelleaban los ojos de Raimundo igual que el cristal de una copa con el fuego del vino.

Sentía el olor fragante del vestido de Ambrosia, el aroma de la ropa entibiada por su cuerpo que esparcía perfume de moscada.

Aunque Ambrosia se defendiese, él iba a apoderarse de ella, desnudaría su cuerpo y la enlazaría con sus fuertes brazos estrechándola contra su pecho...

Transformaría a esta esquivia y bella gata de ojos fosforescentes a esta estatua de mármol en un amante transida de amor y se embriagaría con la tibia humedad del cuerpo de la amada....

Lanzóse sobre ella, gritó Ambrosia espantada al rasgar éste sus vestiduras y derribar el candelabro con un intento torpe para apagar sus velas.

Quedó todo en tinieblas.

Ya no se percibía aquel frío helador. Un calor ardiente ahogaba a Raimundo y le rodeaba como un círculo de fuego.

Temblaba todo él con una voluptuosidad hasta entonces desconocida, al unir su cuerpo al cuerpo casi helado de tan extraña amante y se enardecía en su regazo frío.

Desfalleció Ambrosia entre los brazos ávidos de su amante como si se transformase en un cadáver al sentir el abrazo de este efebo fascinante, irresistible y vicioso.

Gritó ella como transida por terrible dolor en el momento de abrazar Raimundo su cuerpo, y en seguida cayó como un tallo sin proferir una queja y sufriendo sin oponer resistencia que Raimundo la amase con avidez exuberante y pasional. Era instrumento sin vida de su deseo, como si la fuerza de este empuje la matase, la fuerza de este abrazo y la brutalidad de sus besos.

El sauco blanco, los claveles, las rosas, las camelias, los siemprevivas, los jacintos y todos los débiles suspiros de las flores pálidas, todas las bocas achacosas de las plantas parecían emitir soplos, exhalaciones amargas y repugnantes. Todo iba esfumándose en aromas enfermizos en la atmósfera del cuarto donde Raimundo Lulio unía avidamente su boca voluptuosa e insaciable a los labios ensangrentados de Ambrosia, pero no sentía en sus labios únicamente las delicias de una locura sexual, sino que al mismo tiempo experimentaba un miedo incierto e inexplicable, un presentimiento de algo espantoso y extraño.

Llegó la mañana.

Raimundo se encontraba echado al lado de Ambrosia, inmóvil, débil a consecuencia de sus excesos de la noche, como remo roto en el fondo de una embarcación. Su pensamiento se aferraba a una idea: Esperar que amaneciese para poder contemplar la desnudez del cuerpo de la mujer que le había pertenecido la noche entera... Veía en su imaginación el conjunto de sus formas, sus ojos oscuros, su cabellera negra, exuberante y ondeada como si en su negrura se concentrase de forma visible toda la tristeza escondida en el fondo de su corazón. Rememoró la expresión dolorosa que había percibido en su boca y en su rostro. Podría desvelar ahora el misterio del enigma de Ambrosia. Y en aquel momento se dió cuenta de algo inesperado. Había quedado completamente enamorado de los encantos de aquella mujer, y la frialdad de su espíritu fue estímulo que antes no sintiera, cuando las mujeres se enamoraban de él, se le entregaban cariñosas y acariciantes...

Pensaba en los momentos felices que pasaría con ella...La fantasía desplegaba ante sus miradas el futuro como el pescador de coral extiende en la playa su red repleta de carmíneo despojo.

Amaba el cuerpo de Ambrosia, su aroma exuberante, obsesionábase con la idea de su hermosura. La veía como cubierta y sepultada por flores, por hojas de rosa de Paesto.

Amanecía.

Comenzaban a perfilarse los objetos del cuarto. Veía el techo abovedado, raramente artesonado de cedro y marfil, sostenido por columnas doradas. Observaba una multitud de bagatelas, el lujo de telas y alfombras.... ¡pero cosa extraña! no había ningún espejo.

¿Menospreciaba Ambrosia la vanidad que contempla en profundidades argénteas la belleza de su propio cuerpo? ¿No se miró nunca reflejada, desnuda y ornada de piedras preciosas? ¿No había visto su cuerpo desnudo y enojado como un ídolo rodeado de dádivas votivas para complacerse en la contemplación de su propia hermosura? .

Levantóse Raimundo del lecho y descorrió los cortinajes de púrpura grave y oscura.

Su mirada quedó fija en la desnudez pálida de la novia.

Pero en aquel momento lanzó un grito espantoso.

Ahora conocía el secreto insondable de Ambrosia del Castillo....

Los perfiles de las manos pálidas de la amante poseían la misma belleza que su blanco rostro, eran como pétalos desfallecidos por el sufrimiento, pero con un encanto triunfador...Debajo de éstas se mostraba un pecho carcomido por el cáncer, y todo su cuerpo afectado por la enfermedad, impregnado de dolencia contagiosa que empapaba todos sus vasos sanguíneos, todas sus venas.

Raimundo había deseado con ansia este cuerpo, esta carne que exhalaba veneno....La hermosura que el loco codiciara le mostraba ahora su reverso.

Se apoderó de él un gran temor. Gotas de sudor helado desprendiéronse de sus sienes fundiéndose por sus mejillas hundidas y pálidas. La repugnancia vulgarmente materializada sobrecogió sus miembros paralizando todos sus movimientos.

Miró a Ambrosia medio desfallecida echada sobre los almohadones, con los dientes rechinantes de dolor y saliva espumosa en las comisuras de los labios. Miró su ropa desgarrada en la cual se veían los rastros de la dolencia, de su naturaleza enfermiza en disolución. Parecióle en aquel momento que el vaho pestilente de la putrefacción le invadía.

Comprendía ahora porque todos los muros de aquella casa le impresionaron con la tristeza profunda del sepulcro. Comprendía la ausencia total de espejos. La misma Ambrosia tenía miedo de contemplar la disolución de su propio cuerpo.

Comprendía también porque le huyera, cuando su cara y sus manos que podía mostrar al mundo descubiertas, fascinaron al joven.

¿Por qué razón a pesar de aquello le había invitado a su casa y en su alcoba? ¿Le había amado y quiso darle en la oscuridad la ilusión de poseer un cuerpo sano, intacto y fascinador? .

¿O bien había deseado amedrantarle con su dolencia, castigar su lujuria, burlarse de su desverguenza conquistadora? .

Raimundo no pudo seguir contemplando esta desnudez destrozada por la triste dolencia. Tuvo la impresión de que surgía de este cuerpo contaminado algo de

la naturaleza de la serpiente que para exterminar a una humanidad impura hace brotar jugo venenoso que mancha no solo su cuerpo sino también su alma.

Humillado, rebajado, abandonó la alcoba. Su vanidad se lamentaba desesperadamente dentro del alma, como el canto fúnebre plañiendo sobre un mar rugiente.

Como criminal se escabullía sin ruido por los corredores de esta morada fantasmal, huyendo de su dueña como el asesino de su víctima.

Temía el sonido de sus propios pasos. Temía aquel silencio semejante al silencio de la muerte. Se precipitó por el camino que conducía a la ciudad, por las vías a lo largo de las que florecían los almendros sin hojas.

Deseaba respirar el aire para liberarse de aquella opresión, pero en su interior le empapaba el asco como la arena absorbe un charco de sangre.

El aire de la montaña que en otro tiempo parecióle de oro puro y que había aspirado con placer su pecho joven y fornido, lo encontraba hoy oprimente, como impregnado de un vaho enfermizo.

Hasta ayer le había estremecido el ansia de apoderarse de Ambrosia, de tomar entre sus brazos a esta mística amante. Hoy temblaba de repugnancia recordando aquel cuerpo que tan apetecible le pareció, contra cuyo pecho se estrechó y en cuya piel había posado sus labios ardientes....

Levantóse como para rechazar algún peligro repentino que se cerniese sobre él. Pero su cuerpo tan alto y esbelto, tan atrayente en otro tiempo pareció disminuir de estructura al vacilar como si fuera a desvanecerse.

Raimundo pensó que se había arrojado al fondo de un abismo.

Regresó a su casa. Se dejó caer en un sillón al lado del fuego. Temblaba de fiebre.

Al buscarle solícitos los amigos para conducirlo a fiestas y diversiones, asustáronse al ver sus ojos desorbitados que parecían haberse agrandado, cambiando de color y en los que centelleaba una luz enigmática y febril.

Raimundo trataba de ahuyentar de su mente el fantasma del cuerpo de Ambrosia que no se apartaba de su pensamiento, envolviéndolo igual que el sudario envuelve el cadáver. Pensaba en aquel ser que aunque todavía vivo ya no estaba destinado al mundo, sino a la fosa. Recordó con cuanto anhelo había deseado contemplar el contorno de sus pies, de todos sus miembros al parecer tan delicados y niveos, y lo que había visto no eran sino llagas en un cuerpo que en lugar de ser blanco como luna mañanera, estaba afeado por la dolencia.

Raimundo marchó lejos para tratar de olvidarla. Hasta deseaba encontrar remedio en el sufrimiento. Anhelaba un golpe inesperado del destino que librase su imaginación de tan desgraciados pensamientos, como águila que al remontar el vuelo ahuyenta una bandada gris de pájaros.

Deambuló por las grandes ciudades bulliciosas con el pensamiento continuamente fijo en aquel cuerpo devastado por la enfermedad que manaba pus sanguinolento.

¡Cómo llegó a odiarse a sí mismo! ¡Con qué aborrecimiento miraba su propio cuerpo! ¡Con qué obsesión demencial deseaba desligarse de ese recipiente en el que había burbujeado una ardiente voluptuosidad y que ahora se encontraba impregnado de impureza y de basura! .

Tenía la impresión de haber perpetrado una acción odiosa que jamás hubiese cometido nadie.

La desilusión de la vanidad estaba contenida en toda la belleza del universo. Se hallaba encerrada en los cipreses tenebrosos, en los tallos blancos de los narcisos del valle, así como en el rostro de los hombres y en la mirada de las mujeres. La desilusión de la vanidad acechaba en las noches cuando el centelleante fuego del hogar de mármol entonaba una melodía a la vanidad, igual que en el amanecer de las mañanas grises cuando penetraba la luz del día por la ventana de la alcoba donde Raimundo la esperaba vacío de sentimientos, indiferente a todo....

Pero cierta noche ocurrió un milagro. ¿Qué noche era aquella? Las estrellas parecían de mayor tamaño y lucían con un oro más intenso.

La pena huyó del alma de Raimundo.

Sus luchas interiores desaparecieron como fusionadas súbitamente por otras ideas, así como la putrefacción de los troncos cede ante la savia de la siempreviva.

Se le apareció la imagen de Ambrosia del Castillo y Raimundo la contempló tranquilo, sin dolor y sin resentimiento:

La amante imaginaria le habló así:

“Te amé a pesar de ser un crimen el amarte ya que no tenía cuerpo que ofrendar a tu amor. ¿Qué ha significado todo esto? El recordarte el camino de la muerte como una exclusiva rota rememora el mar.

Extraños son los caminos que nos conducen a la única meta! Nos separamos después para siempre para vivir juntos en la eternidad, Raimundo! .

Fuí para tí la belleza que te mostró su reverso. Fundamentaste tu amor sobre algo que no existía. Te forjaste en sueños la imagen de algo que no tenía realidad... ¿Tuve yo la culpa de ello? .

Te desperté de tu engaño; ¿por qué has de considerarme por ello como una Medusa? Sufriste una conmoción al verme como realmente soy. ¿Pero, te habrías conformado en persistir con ese ensueño que era una equivocación cruel y odiosa? Querías ver el mundo lleno de hermosas imágenes, de melodías, aunque en conciencia no debieses vivir lo que ininterrumpidamente no era sino fantasma de tu imaginación.

No me guardes rencor porque lo repugnante de mi cuerpo te haya abierto los ojos, ya que así, ahora puedes conocer el reverso de lo hermoso que tanto anhela el materialismo.

Crees que fui cruel porque ayudé a tu alma a despojarse de tan dulce engaño y al mismo tiempo la curé para que no andase por la vida a través de una mentira, para que no malbaratase en vano sus dones. Te mostré lo que se oculta tras lo resplandeciente. ¿Después de esto podrías aun amar lo material? .

Perseguiste la hermosura sin preguntarte si existía realmente. No quise ser una quimera para tí. No quise alimentar tu pasión como la mano maldita prende fuego al altar blasfemado.

Impedí que tus miradas se dirigieran hacia lo irreal, devolviendo a las ideas sus formas verdaderas. Abrí tus ojos no muerta... sino viva... para que no te guiase sino el ansia inmensa de la experiencia, el ánimo de la aventura, la verdadera vida... y no el engaño, un mero fantasma.

El alma de Raimundo se enardeció ante aquel esplendor celestial excitado por las palabras de la amante imaginaria que le mostraba la realidad engañosa del mundo.

El fuego del infierno encendido para aniquilarle dejó de quemar su cráneo. La aflicción huyó de sus mejillas y el dolor abandonó su corazón.

Sus ojos, para los cuales la hermosura de la mujer había sido profunda como el mar, se sintieron atraídos por una luz distinta. Raimundo Julio se transformó en el Amante que busca a su Amado andando por caminos escarpados, infinitos y peligrosos, llenos de espinas, suspiros y lágrimas, iluminados por el amor.

No entró en el claro-oscuro de un monasterio, ni en el silencio de la celda, sino que se precipitó en la vida, protegido por la coraza de la experiencia, penetrado por sus vanas ilusiones, conecedor de las vanidades mundanas.

Anteriormente el mundo real le había parecido estar lleno de agradables imágenes, de colores, de música conteniendo la hermosura irreal, le habían atraído las cosas hermosas, las bellas amantes que le sometían y le cambiaban.

Ahora se lanzaba él al mundo como aventurero, caballero andante y conquistador, sometiéndolo y cambiándolo él mismo. Llenó con todo ello su cáliz y lo desafió al combate.

Se convirtió en guerrero, peregrino, predicador y mártir. Erró de lugar en lugar por Europa y las costas africanas para predicar a los infieles hablándoles del Amado que le había deslumbrado con la hermosura engañosa de una mujer para ofrecerle una Hermosura superior con que llenar su corazón por el sentimiento que no expresan palabras humanas, pero al que dan nombre los ángeles hablándonos de él.

Habiendo sido lapidado por los infieles con los que discutía les hizo frente. El peligro perpetuo llegó a serle habitual. La persecución cruenta le hizo ágil. El odio de los hombres le sonaba a música paradisíaca. Los escupitajos de los enemigos manchando su rostro y sus ropas le parecían lluvia de flores.

El hambre, la sed, las calamidades, las penas que le acompañaban en su vía evangélica y apostólica no tuvieron fuerza bastante para aniquilarlo.

Bajo el cielo cobrizo y el ardiente sol africanos, atezado y consumido por las vicisitudes, reunía a las multitudes para predicarlas. No hubo escuela en la que no entrase iniciando discusiones y controversias, y cuando no poscía la lengua en ellas usada, la aprendía previamente y entraba como alumno para derrotar a sus maestros y con su sabiduría revelarles sus propios errores.

¡Cómo llegó a odiarse a sí mismo! ¡Con qué aborrecimiento miraba su propio cuerpo! ¡Con qué obsesión demencial deseaba desligarse de ese recipiente en el que había burbujeado una ardiente voluptuosidad y que ahora se encontraba impregnado de impureza y de basura! .

Tenía la impresión de haber perpetrado una acción odiosa que jamás hubiese cometido nadie.

La desilusión de la vanidad estaba contenida en toda la belleza del universo. Se hallaba encerrada en los cipreses tenebrosos, en los tallos blancos de los narcisos del valle, así como en el rostro de los hombres y en la mirada de las mujeres. La desilusión de la vanidad acechaba en las noches cuando el centelleante fuego del hogar de mármol entonaba una melodía a la vanidad, igual que en el amanecer de las mañanas grises cuando penetraba la luz del día por la ventana de la alcoba donde Raimundo la esperaba vacío de sentimientos, indiferente a todo....

Pero cierta noche ocurrió un milagro. ¿Qué noche era aquella? Las estrellas parecían de mayor tamaño y lucían con un oro más intenso.

La pena huyó del alma de Raimundo.

Sus luchas interiores desaparecieron como fusionadas súbitamente por otras ideas, así como la putrefacción de los troncos cede ante la savia de la siempreviva.

Se le apareció la imagen de Ambrosia del Castillo y Raimundo la contempló tranquilo, sin dolor y sin resentimiento:

La amante imaginaria le habló así:

“Te amé a pesar de ser un crimen el amarte ya que no tenía cuerpo que ofrendar a tu amor. ¿Qué ha significado todo esto? El recordarte el camino de la muerte como una exclusiva rota rememora el mar.

Extraños son los caminos que nos conducen a la única meta! Nos separamos después para siempre para vivir juntos en la eternidad, Raimundo! .

Fuí para tí la belleza que te mostró su reverso. Fundamentaste tu amor sobre algo que no existía. Te forjaste en sueños la imagen de algo que no tenía realidad... ¿Tuve yo la culpa de ello? .

Te desperté de tu engaño; ¿por qué has de considerarme por ello como una Medusa? Sufriste una conmoción al verme como realmente soy. ¿Pero, te habrías conformado en persistir con ese ensucio que era una equivocación cruel y odiosa? Querías ver el mundo lleno de hermosas imágenes, de melodías, aunque en conciencia no debieses vivir lo que ininterrumpidamente no era sino fantasma de tu imaginación.

No me guardes rencor porque lo repugnante de mi cuerpo te haya abierto los ojos, ya que así, ahora puedes conocer el reverso de lo hermoso que tanto anhela el materialismo.

Crees que fui cruel porque ayudé a tu alma a despojarse de tan dulce engaño y al mismo tiempo la curé para que no andase por la vida a través de una mentira, para que no malbaratase en vano sus dones. Te mostré lo que se oculta tras lo resplandeciente. ¿Después de esto podrías aun amar lo material? .

Perseguiste la hermosura sin preguntarte si existía realmente. No quise ser una quimera para tí. No quise alimentar tu pasión como la mano maldita prende fuego al altar blasfemado.

Impedí que tus miradas se dirigieran hacia lo irreal, devolviendo a las ideas sus formas verdaderas. Abrí tus ojos no muerta. ..sino viva... para que no te guiase sino el ansia inmensa de la experiencia, el ánimo de la aventura, la verdadera vida... y no el engaño, un mero fantasma.

El alma de Raimundo se enardeció ante aquel esplendor celestial excitado por las palabras de la amante imaginaria que le mostraba la realidad engañosa del mundo.

El fuego del infierno encendido para aniquilarle dejó de quemar su cráneo. La aflicción huyó de sus mejillas y el dolor abandonó su corazón.

Sus ojos, para los cuales la hermosura de la mujer había sido profunda como el mar, se sintieron atraídos por una luz distinta. Raimundo Lulio se transformó en el Amante que busca a su Amado andando por caminos escarpados, infinitos y peligrosos, llenos de espinas, suspiros y lágrimas, iluminados por el amor.

No entró en el claro-oscuro de un monasterio, ni en el silencio de la celda, sino que se precipitó en la vida, protegido por la coraza de la experiencia, penetrado por sus vanas ilusiones, conocedor de las vanidades mundanas.

Anteriormente el mundo real le había parecido estar lleno de agradables imágenes, de colores, de música conteniendo la hermosura irreal, le habían atraído las cosas hermosas, las bellas amantes que le sometían y le cambiaban.

Ahora se lanzaba él al mundo como aventurero, caballero andante y conquistador, sometiéndolo y cambiándolo él mismo. Llenó con todo ello su cáliz y lo desafió al combate.

Se convirtió en guerrero, peregrino, predicador y mártir. Erró de lugar en lugar por Europa y las costas africanas para predicar a los infieles hablándoles del Amado que le había deslumbrado con la hermosura engañosa de una mujer para ofrecerle una Hermosura superior con que llenar su corazón por el sentimiento que no expresan palabras humanas, pero al que dan nombre los ángeles hablándonos de él.

Habiendo sido lapidado por los infieles con los que discutía les hizo frente. El peligro perpetuo llegó a serle habitual. La persecución cruenta le hizo ágil. El odio de los hombres le sonaba a música paradisíaca. Los escupitajos de los enemigos manchando su rostro y sus ropas le parecían lluvia de flores.

El hambre, la sed, las calamidades, las penas que le acompañaban en su vía evangélica y apostólica no tuvieron fuerza bastante para aniquilarlo.

Bajo el cielo cobrizo y el ardiente sol africanos, atezado y consumido por las vicisitudes, reunía a las multitudes para predicarlas. No hubo escuela en la que no entrase iniciando discusiones y controversias, y cuando no poseía la lengua en ellas usada, la aprendía previamente y entraba como alumno para derrotar a sus maestros y con su sabiduría revelarles sus propios errores.

Avanzaba a través del peligro eligiendo él mismo su camino y siguiéndolo como el buque sigue y obedece a la brújula.

Cinco veces conmovido de gran compasión, Jesucristo crucificado dignóse aparecérselo. No se le apareció en las tinieblas, sino bajo el sol meridiano, del mercado oriental, fortaleciendo las alas de su espíritu cuando este se debilitaba.

Se le apareció elevándose sobre la mescolanza multicolor de los turbantes y los trajes orientales, en medio de la multitud a la cual predicaba Raimundo y que le colmaba de insultos. Mostróle las manos, los pies y el costado perforados. Las llagas de su cuerpo ardientes como vivos rubíes que de nuevo inflamaron el amor que le consumía y le atraía a Cristo con la fuerza violenta con que el torbellino arrastra al buque hacia el abismo.

Y Raimundo predicó de forma que le escucharon con miedo y temor hasta aquellos que se fingieron sordos a sus palabras.

¿Cuándo llegará la hora en que el agua al caer todo lo inunde?

¿Cuándo llegará la hora en la que el amor en el corazón del amante entre más rápido que el relámpago al descender iracundo del cielo?

¿Cuándo llegará la hora en la que caigan los vicios y se desprendan las culpas del alma como caen y se desprenden las aristas de mármol por el escoplo del escultor? .

Lejos aún se halla el Amado y en la lejanía se detiene, tan lejano se halla como la blanca nieve está distante del ardiente calor del sol.

Lejos está aun el momento en que los pájaros de la viña, cantando al amanecer, descubran la sabiduría del amor al individuo, éste desmayare por su fuerza como el cuerpo por la dulzura del delcete

¡Oh Amor, mi Amor! Por los desiertos, por vias polvorientas busco a mi amor.

Lo busco por mercados y escuelas, en las cortes de los Califas y Visires y en ninguna parte está.

No está junto aquellos que andan por los caminos, que se agolpan por las callejas, ni junto a aquellos que están sentados en los cafés o que examinan las telas rojas y verdes en los bazares, ni junto a los que toman el café mientras escuchan las narraciones de los llenadores de pipas, o que dejan sus zapatillas al entrar en las mezquitas para escuchar la palabra del muezzín, ni junto a los que van a pedir el consejo del muftí y salen llenos de sabiduría --entre todos ellos lo busco, pero no está en parte alguna.

No está. En vano pregunto a todos por él.

¡He de sumergirme en el calor sofocante del sol para encontrarlo?

He de bajar a los abismos de la tierra para hallarlo ya que no está en la superficie.

¡He de abrazar los arbustos y los árboles en lugar de los hombres para sentir como se derraman por mi cuerpo con el temblor del amor las hojas vibrantes, como susurran los labios de las flores, con su olor, palabras semejantes a las de mi

Amado. Vosotros lirios en flor, racimos del arbusto glicino, de vosotros escucha El con más frecuencia el saludo del Amor que de la boca del joven que solo palabras terrenales y materiales profiere.

Y no obstante mi Amado querría gustosamente mezclarse con su alma como el vino con el agua, más inseparablemente se mezclaría que el resplandor que une la claridad y la luz, el individuo y el ente.

No llamaba ahora, gritaba. El Amante recorría con premura todas las vías de la ciudad sin prestar atención a aquellos que le preguntaban si estaba demente.

Predicaba en los mercados a la multitud diciéndole que había entregado su razón en las manos del Señor, quedándose para sí tan solo su conciencia para poder pensar en el Amado.

El sol abrasa pero el mundo esta lóbrego como la noche. Venid a mi corazón a suplicar fuego con que inflamar vuestras antorchas.

La pasión mística de Raimundo Lulio había encendido toda su sangre.

En medio de las multitudes engañadas, fanatizadas, dementes, de los mercados, de Túnez y Bugía, entre la mescolanza de árabes, judíos, kabileños; el predicador, el guerrero, el caballero, el santo se alzó y por un instante acalló el furor y el alboroto de los infieles. Levantó los brazos y quedaron todos como anonadados.

Quizás no le comprendiesen bien ya que no les hablaba en un solo idioma sino con una mezcla de muchas lenguas.

El predicador había adoptado palabras de todos los dialectos africanos como el que toma parábolas de todas las religiones

Aunque les pareciese a los infieles que Raimundo les hablaba en un lenguaje incomprensible, no obstante le comprendían bien, pues les habló con miradas, con actitudes, con todo su ser, dando a los conceptos una forma real que daba la impresión de que veían realmente todo lo que les predicaba. Era un Salomón extraño, y les parecía que ostentaba cetro e isopo reales cuando les hablaba por medio de imágenes.

Parecióles como si el apasionamiento del predicador les bautizase de forma involuntaria, con el éter purpúreo de una confesión inédita, con el ritual de una secta desconocida, con el fuego de una nueva y ardiente fé.

Por todo ello, tan solo por un breve instante el odio guardó silencio. Pero pronto subleváronse y, lanzándose sobre Raimundo, le golpearon arrastrando su cuerpo. Raimundo pudo salvarse penosamente huyendo hacia el desierto y las ruinas. Erró solo por ellas, lejos de las gentes.

Le pareció como una llamarada azul oscura que trepase por un muro ruinoso la presencia de una planta viva, en un lugar que el tiempo había destruido y marchitado siglos ha. Piensa entonces en los Fenicios, en Dido, en los combates con los romanos, Anibal, Belizar, los árabes que destruyeron totalmente la ciudad. Meditando sobre todo este pasado lejano, la planta que había sobrevivido a toda aquella aniquilación le pareció ser el símbolo mas bello de la vida.

Oh Vida, Vida!, murmuraba mientras rodaban los guijarros bajo sus pies, y un pájaro al elevar raudamente su vuelo desprendía una teja desvencijada del muro.

¡Oh Vida, Vida!, gritó esta vez Raimundo dirigiéndose a las ruinas como queriendo suscitar en ellas el eco de los días en que los hermosos efebos se dirigían a las festividades y a los santuarios de los dioses caminando por senderos de rosas, ornados con todo el esplendor de su juventud.

Le pareció a Raimundo revivir el brío original de fenómenos desaparecidos desde hacía mucho tiempo. Rebosaban bellas palabras en los labios muertos como la miel del panal.

Raimundo Lulio sentía dentro de sí una impaciencia extraña, una sorprendente vitalidad, *intuyó la Verdad en su corazón.*

Lucía encima de él el sol como había brillado en tiempos pretéritos, luciendo sobre las ruinas del mismo modo que había brillado en otro tiempo sobre las callejas bulliciosas. Y de nuevo, ahora como en la antigüedad, volvían a resonar pisadas humanas en aquel lugar originando el mismo ruido que entonces.

Raimundo no sintió solamente lo eterno del sol, sino también lo eterno de la humanidad, lo eterno del corazón, lo eterno del amor.

En este mismo lugar el sacerdote quemaba el incienso ante el ara de la deidad, y Raimundo pensó en el Amado que quema incienso en las llamas del corazón, para que su humo perfumado ascienda a los cielos eternos, igual que entonces... ya que la Vida es eterna. Se podía imaginar como fué la vida allí, en siglos pretéritos y se podía imaginar como sería en siglos venideros. Todo era como puñado de arena que se pulveriza en el viento. Las formas nacen y desaparecen. Todo surge de improviso y muere súbito como partículas sin importancia desprendidas de la vida; la vida única que se halla en todas las cosas, en las plantas, en los animales, en el hombre.

El amor no se extingue, el pensamiento y la acción permanecen vivos eternamente. El hálito divino está en todas partes.

¡No temais nada! ¡No huyais de nada! Haced de modo que la vida os mueva gustosos, que os descansen de las pasiones que os asedian! No seais guardianes de urnas donde reposan las cenizas de los muertos. Mantened el fuego de vuestra antorcha constantemente encendido, inflamándola al extinguirse con las antorchas de los demás.

Así como el cuerpo de Ambrosia en disolución fué para tí como el despertar de un engaño, haz que las ruinas de Cartago signifiquen el lema de la vida.

Raimundo Lulio busca en el Amado para que a su Advenimiento, tras de sus pasos, disipe su amor, como el amante de Cartago esparció las virutas de la madera de sándalo por el empedrado, tras los pasos de su amante.....

Y de nuevo comienza la odisea de Raimundo Lulio por Africa y Europa.

Raimundo no tenía en cuenta el paso de los años olvidándose de su edad. Tan solo estaba consciente de que vivía y de que en su corazón cantaba el gozo de vivir oculto como la fuente escondida en el fondo del bosque.

Este peregrino místico, Ahasver de su propio interior, confesor y santo, peregrino por el mundo, dotado de una alegría heroica y de un corazón agradecido y franco.

No meditaba sobre la vida como los monjes de las celdas. Luchaba solo en todas las hazañas y combates, hambriento y sediento con un anhelo infinito y ardiente de que la vida le penetrase al fondo.

No existía ninguna diferencia entre el cuerpo y el alma en él. El cuerpo era tan solo una proyección material del alma, y el alma era la armadura de su cuerpo.

No existía un mundo exterior e interior. Todo era un mundo único, y quizás todo interior. Raimundo no percibía las cosas con los ojos sino por medio del alma.

Mirando al cielo, en el cual parecían las estrellas más grandes y resplandecientes, Raimundo sintió que la luz no se encendía en el alto espacio inmenso sino en las profundidades de su propia alma. Y cuando se extinguía la marea carmesí en el cielo occidental las tinieblas no salían de los espacios abismales sino del interior de Raimundo.

Al ver el rostro de un joven hermoso como un héroe con armadura de Paris, no veía en él a un extraño, sino el reflejo de su propia juventud.

En el cuerpo ajeno del joven miraba el valor y el heroísmo del suyo propio.

Liberado de su vida pasada, abdicando de la suerte personal, Raimundo Lulio convertido, conquistó a la Vida.(2)

² Jiri Karásek ze Lvovic (24/1 1871 - 5/3 1951) es el seudónimo de José Jorge Antonio Karásek, autor de cuentos, poemas y dramas, crítico y ensayista.

Se trata de un personaje ilustre de la literatura checa entre 1900 y 1930, época cosmopolita, de "escuelas" diferentes a individualistas que propagan nuevas formas "revolucionarias", prefiriendo situaciones inesperadas, experimentos osados, imágenes provocativas y combinaciones estrafalarias.

El empleado de correos de Praga, J.K., posterior administrador de la Biblioteca, y después del Museo de Correos, fue coleccionista fervoroso de pinturas e impresos, para los cuales fundó la renombrada "Galería Karásek", ahora colocada en el "Monumento de la literatura nacional" en Praga - Strahov.

Esta colección es característica de la mentalidad ecléctica del autor, el cual, siendo artista estético, transformó sus visiones exuberantes en oraciones coloristas y brillantes, extraídas de los modelos "clásicos" de Francia. (Ch. Baudelaire, P. Verlaine, St. Mallarmé, M. Maeterlinck, J. Péládan), de Ilaymans, Oscar Wilde, de St. Przybyszewski (en Polonia), de ciertos principios filosóficos de Nietzsche, de unas confusiones de A. Strindberg, de la dramaturgia de H. Ibsen (Noruega), terminando y culminando en el "mal du siècle", de la "Caída de Occidente", de O. Spengler, y de las crónicas de familias de Th. Mann.

Añadióse la teología católica que el autor empezó a estudiar en 1889 sin continuar, pero bastó su influencia favorable para ofrecerle motivos únicos; particularmente le encantó el pensamiento místico, fascinándole y excitando su fuerza creadora, relacionada con la capital de las iglesias antiguas en el mundo oscuro de "Golem", de los numerosos alquimistas en siglos

recién pasados, donde hay muchísimos palacios aristocráticos, llenos de esplendor de antaño, con pasos tenebrosos que testifican los acontecimientos lúgubres de las historias.

Otros escritores de la "escuela decadente" de Bohemia, caudillos de esta dirección fueron Karel Ilaváček y Arnost Procházka, que se dedicaron también a los tiempos pasados, sirviéndose de símbolos y de impresiones de mundos difusos. Su portavoz fue la "Revista moderna" (Moderní Revue). Quisieron propagar una moda, individualista y pesimista, en la que confluyen el aborrecimiento de la vida, con visiones abstractas de una manera sagaz de descripción, con muchos accesorios a veces exagerados en la atmósfera de un invernáculo lleno de flores olorosas y venenosas. Eligen expresiones rebuscadas y prefieren una lengua artificial y extravagante, glorificando el "arte puro" según el principio de los "parnasianos" franceses. Toman sus temas de leyendas, del sueño y del ocultismo, es decir de mundos irreales, y de subconciencia con metamorfosis y transformaciones. Representan milagros y el descenso al infierno humano, pero falta la redención y la liberación, y todo se deshace en visiones frívolas...

Jirí, escritor progresivo y, "revolucionario" de entonces, un "non-conformista" de su tiempo, falleció totalmente olvidado por su nación, despachado como "reaccionario" liberal y religioso por el sistema comunista --estalinista en Praga en 1951.

Sus obras son: Las ventanas tapiadas (1894); Sodoma (1895); Aguas muertas (1895); Libro aristocrático (1896); Sexus necans (1897); Diálogos con la muerte (1904); El alma gótica (1900-1905); Endymion (1909), La isla de los desterrados (1912); Canciones de un vagabundo (1930).

Romances: Los 3 mágicos; Manfred Macmillan (1907) Sacarabaens (1908); Imágenes cubiertas (1923); Ganymedes (1925).

Leyendas: Fuegos sagrados (1911); La conversión de Ramón Llull (1919); Leyenda de Sodoma (1920).

Tragedias: Cesare Borgia (1908); El Rey Rudolfo (1916).

Obras críticas: Tendencias renacentistas en el arte (1902); Expediciones quiméricas (1906); El arte es crítica de la vida (1906).

Ensayos literarios: Ideas de la mañana (1898); Creadores y epígonos (1927); La vía mística (1932).